

V.

El pensamiento de Molina Enríquez —apenas ahora se advierte— en un cierto modo marca un punto de llegada, es una terminal de la reflexión en torno a las razas heredada del virreinato, como parte de la depuración de esa forzada herencia. Lo más importante, a mi juicio, es que a partir de él la tendencia a interpretar la tijera mestizófila inclinándose hacia la punta indígena, acabó —por obra de seguidores y discípulos suyos, y por efecto de la entrada en México de las corrientes antropológicas modernas, empezando por la influencia de Franz Boas y su teoría del relativismo cultural, cuyo vehículo fue Manuel Gamio, discípulo suyo en Nueva York en 1909-1911, los años clave de la revolución de Madero— convirtiéndose en lo que es el indigenismo moderno.

Los miembros de mi generación, estudiantes de preparatoria a fines de los treinta, todavía presidente Lázaro Cárdenas, ante un liderazgo que había nacionalizado el petróleo y los ferrocarriles; que había repartido el agro; que había removilizado, esta vez en pos de causas directamente sociales, a las masas campesinas y obreras; envueltos como estábamos en un clima embriagador de nacionalismo cultural, donde eran figuras descolantes y abrumadores los grandes muralistas, en su mayoría miembros activos del Partido Comunista; lectores que éramos de la *novela de la Revolución* y espectadores del cine nacionalista y pseudorrural de aquellos años, vivíamos los ritmos de una marcha nacional, bailada por una no bien definida senda mexicana hacia un socialismo paradisiaco, mezcla —según las imágenes de Diego Rivera— del edén precortesiano y la explosiva energía del marxismo-leninismo. Pero ante todo *nosotros* éramos indigenistas, nosotros reverenciábamos a la madre tierra; *nosotros* exaltábamos las hazañas intelectuales de los pueblos mesoamericanos, excelsos astrónomos, matemáticos, arquitectos, guerreros, casi un espejo *avant la lettre* de lo que debía ser el comunismo cuando al fin llegara a la meta. *Nosotros* —cada uno— éramos la raza; escuchábamos la voz de la sangre. Hoy cuando uno, mexicano, lee sobre los meandros del racismo y el irracionalismo en el siglo XX, tiene un inevitable estremecimiento de alarma. Cuando lee cómo en la Alemania de la República de Weimar, ante los apologistas de la modernización que ensalzaban a ultranza el «americanismo» de los «dorados veinte», toda una legión de pesimistas, a punto de fundar un neopaganismo para un milenio, denunciaban la jungla de asfalto de las ciudades y abrazaban la doctrina de *Blut und Boden* (sangre y suelo), no puede menos de experimentar en retrospectiva una curiosa mezcla de desazón y vergüenza.

Pero lo que importa subrayar aquí es que, como remate de su reflexión, Molina Enríquez nos hace consciente de dos realidades: una, que el indigenismo mexicano es un fruto del pensamiento liberal en su veta histórico-social, por donde se plantea el mestizaje como solución unificadora de la heterogeneidad y las desigualdades de México; otra, que el indigenismo, a la postre, viene a ser el fruto de la acción de los grupos dirigentes educados en el pensamiento y los valores de Occidente. En la progresiva elaboración del indigenismo los indígenas no han participado jamás, ni participan hoy. El indigenismo ha sido y sigue siendo una actitud y un impulso de acción de arriba a abajo, nunca de abajo a arriba.

A fines de los treinta, en la universidad, aunque aún vivía, no se nos hablaba de Molina Enríquez ni de la doctrina del mestizaje. Tampoco del liberalismo, como una corriente política actual, aunque se intensificaba, significativamente, el culto de Juárez, pero el Juárez monumental, el Juárez pétreo, la encarnación de virtudes *indias* como la impasibilidad y el rigor ante los enemigos. Es más, la preocupación por el liberalismo casi desapareció y no fue rescatada por Jesús Reyes Heróles sino hasta 1961, aunque Daniel Cosío Villegas ya en 1948 había puesto en marcha su inmenso proyecto de *Historia moderna de México*, cuya ejecución duró muchos años. Esta obra fue el arranque de la historiografía moderna de México cuyos hallazgos han permanecido curiosamente marginados en una especie de *ghetto* intelectual de alto nivel. Es decir, sus conceptos no han «bajado» de la academia a la mentalidad o al imaginario popular. En las escuelas mexicanas no se enseña liberalismo. Sólo hoy, la corriente ha resurgido pero englobada en el concepto del *neoliberalismo* rapaz y despreciable que hoy agitan las izquierdas en sus banderas. Pero dejemos el tema así abocetado.

A fines de los treinta, repito, ya no se hablaba de Molina Enríquez, ni de mestizaje, ni de liberalismo. Por una razón, a saber, porque en un clima donde ya era incipientemente hegemónico un indigenismo religado con irracionalismos, como lo acabo de describir, y donde bullían sueños de revoluciones antiburguesas, ya estaba bien configurada una contraposición neta entre el universo de la cultura y el mundo de la política. El primero se identificaba con la matriz creada por José Vasconcelos; el segundo, con el poderío fáctico de los caudillos sonorenses, los triunfadores definitivos de la Revolución y los creadores del aparato de poder que habría de durar sesenta años. Y puesto que ese aparato y sus hombres era, de la estirpe liberal, como Madero también, como Porfirio Díaz, ya se les rechazaba instintivamente, y junto con la tesis del mestizaje. Al terminar el gobierno de Cárdenas, en 1940, el indigenismo ha ganado la partida.

VI.

Aquí un paréntesis. No se puede continuar si no se hace un breve comentario sobre la figura, por lo demás principalísima para la historia moderna de México y su cultura, de José Vasconcelos.

Hacer una síntesis de esta controvertida pero inevitable figura es en extremo difícil en el corto espacio de un ensayo como el presente. En estos días se está haciendo el esfuerzo de enfocarlo como un hombre que intentó repetir en 1929 la hazaña de Madero en 1911 y que, apelando a la ortodoxia de la Revolución Mexicana, es decir, el maderismo, quiso poner fin al caudillismo postrevolucionario mediante unas elecciones democráticas que lo llevaran a la presidencia de la república. Apunto este rasgo, antes que su histórica hazaña de generador de la gran cultura mexicana de principios de siglo, para destacar su entronque original con el liberalismo. Sin embargo, el liberalismo en él desemboca, como en otras figuras de su generación (Alfonso Reyes, Antonio Caso) en el idealismo antipositivista de fines de siglo, en cuanto que todos ellos se habían propuesto combatir el positivismo erigido casi en ideología instrumental de la dictadura de Porfirio Díaz. Esa posición, en Vasconcelos, desembocaría, durante la etapa de su real grandeza intelectual, en un nacionalismo democrático, civilizado y, respecto de México, civilizador *desde arriba*, o sea *incorporador* a la alta cultura de los grupos al margen de ésta, sobre todo los indígenas.

De todo esto —el lector lo habrá advertido ya— se desprende que Vasconcelos es una suerte de anti-Molina Enríquez, en cuanto éste es hechura de un liberalismo positivista que lo lleva a fundar sus teorías en esa corriente de pensamiento que pasa en el siglo XIX por científico y desemboca en la teoría darwinista de la lucha de razas.

Lo curioso es que Vasconcelos sufre la influencia de Molina Enríquez, la incorpora a su humanismo liberal (que, como dice José Joaquín Blanco, en la primera mitad del siglo XX «se escinde en tendencias antagónicas: o se proletariza y se vuelve populista, y hasta socialista, o incluso tiene posiciones racistas...»), y de ese acto fecundador saca su libro *La raza cósmica* (1925).

Un hilo de Ariadna en el intrincado laberinto de la cultura vasconceliana podría ser la leyenda que le puso al escudo de la Universidad de México, diseñado por él, cuando fue nombrado rector en 1920: *Por mi raza hablará el espíritu*, «pretendiendo significar —escribiría años más tarde— que despertaba nuestra raza después de la larga noche de su opresión». No lo dice Vasconcelos, pero no es difícil ver ese lema como la consecuencia de una rumia postromántica de Hegel cuyo resultado era la visión de una Ibero-

mérica donde culminaría la historia. En palabras de Blanco, para Vasconcelos «América era el continente de la síntesis, reunía y conciliaba todas las posibilidades geológicas, étnicas, culturales, estéticas del planeta. América no era la periferia, sino el centro; no la prehistoria, sino el porvenir; no el desecho, sino el paradigma humanista del mundo. En América se habrían de dirimir las divisiones humanas en un monismo cósmico». Señalemos de paso que no es difícil advertir hoy la palpitación de este pensamiento, para no ir mas lejos, en la obra del filósofo Leopoldo Zea (formado en el seminario de historia de las ideas de José Gaos) o en el universo febril de Gabriel García Márquez y, en general, de la novela del *boom*.

El fruto de todo eso sería, como decíamos, *La raza cósmica*, donde Vasconcelos toma la veta de la mestizofilia tal como la encuentra en Molina Enríquez y la saca a luz como proclama de la desaparición y abolición de las razas por medio de un mestizaje universal que conducirá a la Unidad Humana étnica y universal. Cuando eso suceda la humanidad llegará al quinto estado en la travesía histórica de las civilizaciones: el estado filosófico o estético (raza cósmica), expresado en una cultura iberoamericana, que sería la Energía Total.

Tanto fuego, tanto empeño por reclamar para nuestro continente la generación de un «hombre total», no impidió que el pensamiento vasconceliano sucumbiera ante los peores pecados del siglo. Puede haber sido por efecto del desencanto provocado por el fracaso político, pero es más probable que fuera consecuencia de los irracionalismos que, por partida doble, le llegaron por el lado del pensamiento positivista tanto como del idealismo decadentista que era el suyo. El José Vasconcelos posterior a 1929 dio en un aristocraticismo cultural adverso a las masas y a la cultura popular, y campeón de un hispanismo para el cual la redención estaba en la Nueva España, convertida en patria ideal, y en España misma: una España *hiper*, agigantada, que sorprendería a muchos españoles actuales. En su último período, fue partidario de Hitler, de Mussolini, de Batista y, por supuesto, con ardor, de Francisco Franco. Convenía que una «mano fuerte» defendiera la raza, las costumbres, la personalidad y la soberanía, así como el hispanismo y la religión católica.

Todo esto parece complicado, y lo es. Pero no termina aún. Porque en lo específicamente político, Vasconcelos, con su tesis de que, entrados en la fase reconstructora de la postrevolución, los mexicanos debían liberarse de los bárbaros caudillos militares y ser gobernados por la luz de la *intelligentsia*, es decir, él y la clase media ilustrada que lo apoyaba, se lanzó a disputar el poder a los ciudadanos «armados». En 1929 sucedieron dos cosas importantes: Vasconcelos perdió, en una campaña durísima, aperdigonada de asesinatos, la elección para presidente de la república; y se